

Cuento

Menos mal que es la meno

• Marisol Márquez-Padilla •

Suena el despertador y, antes de abrir los ojos, le ruego al cielo que lo haya yo puesto mal la noche anterior. Al mismo tiempo que lo callo, hago un enorme esfuerzo y le echo una mirada a la carátula: las ocho. ¡No puede ser! Parece que dormí tres horas, y me acosté desde las once. Seguro que estoy a punto de enfermarme gravemente porque a mí, ni las gripas ocasionales logran tumbarme, y ya desde hace tiempo que en las mañanas siento que no tengo fuerzas ni para vestirme.

Suena el teléfono. Es mi pareja. Me emociona su llamada porque hoy cumplimos tres años ocho meses, pero no, no es para felicitarme sino para cambiar la hora de nuestra cita. Se le olvidó que hoy es veinticinco. Nada más colgar y dos ríos de lágrimas recorren mi cara hasta mojar mi pijama, mientras me voy sumiendo en una tristeza que me convierte en el ser más desdichado del país.

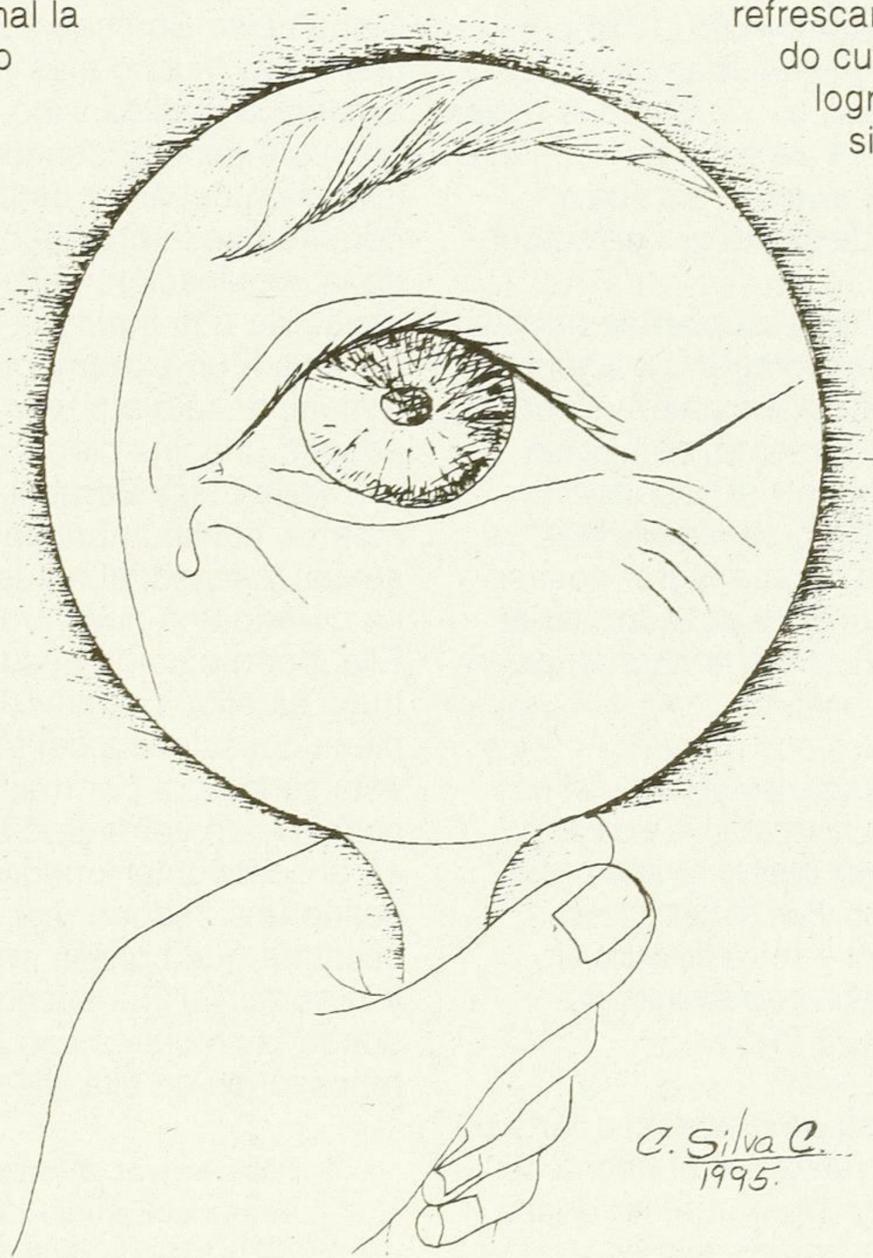
Me levanto, voy al baño y, al mirarme en el espejo, descubro en mi expresión un gran parecido a los perde-

dores la noche del 21 de agosto. Saco valor no sé de dónde, me lavo la cara para refrescar mi cada vez más deshidratado cutis, y vuelvo a mirarme. Algo logré mejorar, pero mis cachetes siguen colgando. ¿Será esto una marca cardenista?

Intento sonreír con mi ocurrencia y a los lados de mis ojos aparecen las patas de un gallinero completo. "¡Qué espanto!" -me digo-, y mejor me meto en la regadera. El chorro de agua sobre el cuello y la espalda me relaja. Me froto con fuerzas, anhelando sacar toda esta pesadumbre con el estropajo francés especial para la celulitis.. En eso siento en los pies el agua que se acumula, me agacho a checar la coladera y me encuentro con un puño, sí, con un puño de cabellos que acabo de perder en unos cuantos minutos.

Salgo apresuradamente para no quedarme calva bajo la ducha. "Sí, debo estar muy mal, que digo mal, ¡grave!"

Decido observar detenidamente mi cuerpo y corro para verme en el espejo de cuerpo entero que está en el pasillo. La



C. Silva C.
1995.

imagen me devuelve una asquerosa pancita y, más abajo, ¡canas! ¡tres canas! “¡No, canas ahí, no!”, grito. Tomo las pinzas y van pa’fuera. “Las de la cabeza me las pinto, y las de abajo, pues me las saco. Pero... me voy a quedar calva también de allá. Ya sé, en cuanto las vuelva a ver, las tiño, a lo mejor hasta lucen sexis.”

Decido tomar el toro por los cuernos y marco para llamar a mi mamá, toda una experta en cremas. Le pregunto cuál es la mejor para los ojos. ¡Ciento treinta! No le aunque, este mes sólo para los ojos. El siguiente compraré la nutritiva, luego la anti-age, la de noche, las mascarillas y, al final, la del cuello. Espero que no se me arrugue demasiado el cuello para dentro de medio año en que le toque a él su tratamiento.

En esas cuentas estoy cuando unos toquidos violentos en la puerta de mi recámara me hacen brincar de susto. Abro furiosa: es mi hijo que quiere dinero para el pesero. Me pongo frenética y le pego de gritos; no lo bajo de insensible, irresponsable y egoísta. Primero se saca de onda, pero enseguida se enoja y se sale diciéndome que amanecí histérica. Su respuesta me cae como baño de agua helada e, inmersa en un sentimiento de culpa galopante, decido que esto no es más que otro síntoma de mi gravedad.

Hago una cita en el laboratorio para ir al médico ya con los análisis hechos.

Tres días después espero ansiosa mi turno para entrar con mi ginecólogo. Trato de descifrar las cantidades y porcentajes de los resultados e imagino toda clase de padecimientos -SIDA no, porque ahí sí entendí que salió negativo-, desde leucemia hasta un virus extraño tipo vampiro que me está robando mi energía y deteriorando mi apariencia.

Entro por fin y, con voz entrecortada y a punto de soltarme a llorar, le expongo al Dr. Kabiá mi situación. El lee atentamente los análisis, me pasa a revisión y me pregunta: “¿Cuándo fue tu última regla?” Intento recordar, pero no lo logro y le digo: “Oye, ya también me falla la memoria.” Saco mi agenda y descubro con asombro que tengo un retraso de más de un mes.

El doctor sonrío amablemente y me dice: “Tranquila, no te alarmes. Te encuentro muy bien y está todo en orden en tus análisis.” Yo me desconcier-



to y pienso: ¡Es mental! ¡Dios mío, me estoy volviendo loca!

El doctor continúa:

-Lo que pasa es que estás entrando en tu climaterio.

-¿Mi clima-qué?

-Este es el inicio de la menopausia.

-Pero, entonces, ¿todo esto que siento, todo esto que me pasa?

-Sí, todo es normal en una mujer de tu edad, y para que no te vayas a preocupar más, te aviso que hay otras manifestaciones además de las que mencionaste: los bochornos, la incontinencia urinaria, los insomnios, la resequeidad vaginal, la cistitis y otras más que ahorita no recuerdo. Pero fuera de eso puedes estar tranquila, te encontré de maravilla.

-¡Ay, doctor, pues muchas gracias! ¡Menos mal que es la meno!